

LIBROS

VILAR, Juan B., *La España del exilio. Las emigraciones políticas españolas en los siglos XIX y XX*, Madrid, Editorial Síntesis, 2006, 495 págs.

Este libro de síntesis de Juan Bautista Vilar condensa la información más relevante sobre el exilio político de la España contemporánea. En dicha síntesis se aprecia la atención dedicada al norte a África, aspecto menos conocido y en el que el autor es especialista. El contexto en que se mueve la obra refleja la permanente intolerancia que se percibe a lo largo de nuestra historia contemporánea. Se refleja las dos Españas de las que nos habla Larra y Antonio Machado, entre otros. La etapa que tuvo mayor impacto negativo con gran diferencia, respecto a los múltiples exilios acaecidos durante los siglos XIX y XX, fue la que comenzó en julio de 1936. Esta registró la pérdida de miles de personas emigradas que ocasionó un gran trauma humano y un alto perjuicio cultural, científico e intelectual, generando un amplio retroceso en el país.

Para esta reseña he agrupado los doce capítulos de que consta el libro en cinco etapas, además de la introducción. En esta plantea su visión de

la intolerancia en que se vivió en la España contemporánea, donde indica que «los españoles son a un tiempo víctimas y verdugos de sí mismos». Realiza algunas precisiones semánticas y conceptuales, así como apreciaciones metodológicas y de fuentes respecto a este trabajo.

La primera etapa iría desde la revolución francesa hasta el final de la guerra de la independencia y comprende los tres primeros capítulos. Habla de los primeros emigrados españoles durante la revolución francesa, destacando la presencia en Francia de José Marchena y Teresa Cabarrús. En el segundo capítulo trata la estancia en Francia entre 1808 y 1814 de las familias reales de Carlos IV y Fernando VII y sus comitivas, de Manuel Godoy, de desertores españoles y prisioneros de guerra. Para terminar hablando de la situación de los «afrancesados» en Francia al finalizar la guerra de la independencia, integrándose en la administración y en otras actividades.

La segunda etapa corresponde al periodo del gobierno fernandino (1814-1833) y la primera guerra carlista distribuida en los capítulos del 4 al 6. Los dos primeros dedicados al exilio de los liberales y el último sobre

los carlistas. Un amplio grupo de liberales se refugiaron preferentemente en Francia, Bélgica, Italia y Portugal y en el norte de África (capítulo 5). El resto lo hicieron en Gran Bretaña, Estados Unidos e Iberoamérica (capítulo 6). El siguiente está dedicado a los carlistas que tras el final de la guerra tuvieron que abandonar España, tanto Don Carlos y su corte como sus seguidores.

El subsiguiente período es el isabelino, que comprende el capítulo 7. Esta etapa fue la menos trascendente en cantidad numérica de exiliados y en el impacto económico y cultural. Incluye la salida de María Cristina de Borbón y posteriormente la del general Espartero y los «ayacuchos». El reinado de Isabel II fue tranquilo, excepto en la década de los sesenta con la deportación de los protestantes y el éxodo de progresistas, unionistas y demócratas.

La cuarta etapa abarca un amplio período de casi setenta años que va desde el sexenio revolucionario a la II República y está dividida en dos capítulos (8º y 9º). En el primero de ellos trata la emigración durante el Sexenio de cantonalistas e internacionalistas y el exilio de Don Carlos, su corte y sus seguidores al inicio de la Restauración. Durante este largo período de cincuenta años solo se registraron pequeños movimientos que repercutieron en republicanos y anarquistas. Con la llegada de Primo de Rivera, el sector antiprimorriverista emigró a París. Entre ellos encontramos a algunos políticos monárquicos, anarquistas e

intelectuales como Unamuno y Ortega y Gasset. Y durante la II República se exilió Alfonso XIII, su familia y algunos de sus seguidores.

La última etapa dedicada el exilio como consecuencia de la guerra civil española de 1936 comprende los capítulos 10, 11 y 12. En primer lugar calcula que durante la guerra emigraron unas 700.000 personas a las que habría que sumar unas 450.000 exiliadas tras finalizar esta. Ello significó una influencia negativa desde el aspecto humano y demográfico, pero sobre todo en el freno intelectual y formativo, al abandonar el país una parte muy relevante de nuestros mejores cerebros. Se calcula que el 40% de los profesores universitarios, la mayoría de los grandes poetas, más de la mitad de los diputados a Cortes, etc.

La distribución fue muy diversa, destacando en Europa la marcha a Gran Bretaña, Francia y la Unión Soviética, y en América a los Estados Unidos y a México, donde recibieron excelente acogida por el Gobierno de Cárdenas y dejaron una amplia huella cultural. Se presta atención a otros países iberoamericanos como Argentina, Chile o Venezuela. Además de los exiliados al norte de África, zona de la que ofrece información en otros períodos.

La obra finaliza con una amplia bibliografía organizada por períodos muy útil para cualquier investigador y especialista en el tema.

Manuel Requena Gallego
Universidad de Castilla-La Mancha

AURELL, Jaume y PÉREZ LÓPEZ, Pablo (eds.), *Católicos entre dos guerras. La historia religiosa de España en los años 20 y 30*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2006, 349 págs.

Católicos entre dos guerras. La historia religiosa de España en los años 20 y 30 recoge los frutos de una investigación interdisciplinar promovida desde la Universidad de Navarra con el objeto de analizar las manifestaciones religiosas y sus efectos sobre los ámbitos intelectual, social y político en la España de la década de 1920 y 1930. Se trata de una obra que viene a plasmar el creciente interés que en España ha despertado recientemente la *historia religiosa*. Es ésta una de las corrientes historiográficas que ha conocido una mayor vitalidad a partir de los años 70, sobre todo en Francia, donde la historia de la religiosidad ha generado en los últimos años del siglo XX un importante volumen de estudios dentro de la producción histórica global. La *historia religiosa* amplía notablemente el campo de investigación que tradicionalmente se le atribuye a la *historia de la Iglesia* —reducido a la historia institucional de la Iglesia y sus relaciones con el Estado—, y lo extiende hacia el estudio de las creencias populares, la piedad y la espiritualidad, del análisis del pensamiento de los intelectuales y políticos de inspiración católica, del influjo de la religiosidad en el ámbito social, de la historia del catolicismo social y político, etc.

Estructuralmente, la presente obra se divide en cinco bloques temáticos, donde los catorce investigadores que colaboran con el volumen estampan sus estudios sobre las cuestiones fundamentales de la historia de la reli-

giosidad en la España que transcurre entre la etapa final de la Restauración y la guerra civil. Esos grandes temas, que además sirven de enunciado para cada una de las partes que componen la obra, son: religión y acción política, nacionalismo y religiosidad, redes de sociabilidad devocional, jerarquía y centros de decisión y dimensión cultural de la religiosidad.

La primera parte del libro, dedicada a las relaciones entre religión y política, agrupa cuatro interesantes artículos, que podríamos enmarcar dentro de los estudios sobre catolicismo social y político. Francisco Javier Ortega nos ilustra con un artículo de matiz metodológico a través del cual delimita los conceptos históricos e historiográficos, como pueden ser los de *religiones políticas* o *religiones secularizadas*, sobre los que fundamenta las relaciones entre política y religión en la Historia Contemporánea. El artículo de José-Leonardo Ruiz Sánchez entra en el análisis de la acción política conjunta de los católicos españoles durante la Dictadura de Primo de Rivera y la II República. Incide pues en el estudio de las diversas formaciones políticas que, con un carácter confesional y un ámbito nacional, surgieron en aquel contexto. Es el caso del Partido Social Popular, la Unión Patriótica y la agrupación electoral Acción Nacional/Acción Popular. Seguidamente, Mercedes Montero presenta un estudio sobre la influencia que los miembros de la Asociación Católica Nacional de Propagandistas se propusieron en la España de los años 20 y 30, centrándose especialmente en el instrumento a través del cual se llevó a cabo dicha estrategia: el diario católico *El Debate*. Desde las páginas del mismo, los Pro-

pagandistas no sólo trataron de encauzar la opinión católica con las orientaciones que emanaban de la Santa Sede, sino que también pretendieron que los mismos católicos influyeran en la vida pública dando su apoyo a multitud de iniciativas, tanto de dimensión social –como la CNCA– como de dimensión política –la Unión Patriótica, la CEDA–, que surgían desde el campo católico. Por último, José-Vidal Pelaz López expone los orígenes del sindicalismo católico agrario en la región de Palencia durante la etapa final de la Restauración (1912-1923). A lo largo de su exposición presta especial atención a la cuestión de la propaganda escrita, pues como el mismo autor afirma, «la simbiosis entre propaganda y acción social alcanzó en dicha región un alto grado de perfección», y cada iniciativa de los católicos palentinos en el campo social estuvo casi siempre acompañada por la creación de un órgano de prensa que le diera su apoyo.

Dos historiadores franceses se encargan de abordar la cuestión del nacionalismo y la religiosidad en la parte segunda de la obra. Por un lado, Corinne Bonafoux analiza las definiciones que, en la década de los 20 y de los 30, los católicos franceses insertaron en su prensa de conceptos tan espinosos, como pudieran ser los de patriotismo, nacionalismo, etc. Por otro lado, Benoît Pellistrandi, a través del estudio de la pastoral que el cardenal-arzobispo de Santiago de Compostela, José María Martín de Herrera y de la Iglesia, publicó el 8 de diciembre de 1920 con la intención de proponer una defensa de la parroquia, realiza un repaso por los condicionamientos que según el autor explican los orígenes religiosos de la guerra

civil e hicieron posible la formación de un nacionalismo católico español.

En cuanto al tema de las redes de sociabilidad devocional, que constituye la tercera parte de la obra, encontramos tres artículos que se aproximan perfectamente a dicha cuestión. Federico Requena, a través de su estudio sobre los orígenes en España de la Obra del Amor Misericordioso durante los años 20 y 30, pretende una mayor integración de la espiritualidad en la historia religiosa a través, sobre todo, de la aproximación entre espiritualidad y sociabilidad. La propuesta implica, según el mismo autor, el análisis de las formas de sociabilidad generadas en la difusión de un mensaje espiritual. Luis Cano realiza en su artículo una aproximación a la recepción que en el episcopado español suscitó la doctrina de la realeza de Cristo durante el periodo 1923-1931. En la devoción a Cristo Rey, como plantea el autor, se mezclaban realidades tan heterogéneas como la política y la religión. Finalmente, el artículo de Javier Sesé tiene como cometido principal presentar algunas de las figuras más destacadas de la vida espiritual cristiana en los primeros decenios del siglo XX en España, entre las que se cuentan fundadores de instituciones dedicadas a la promoción de la santidad y el apostolado, escritores espirituales, predicadores, misioneros, etc.

La cuarta parte de la obra, titulada «Jerarquía y centros de decisión», está constituida por los análisis que sobre la jerarquía eclesiástica realizaron los investigadores Santiago Casas y José Luis González Gullón. El primero nos presenta un análisis de la «agenda de trabajo» de los nueve metropolitanos españoles entre 1921 y 1931, tomando

como fuente principal las Actas de las Conferencias de Metropolitanos Españoles que fueron editadas por Vicente Cárceles Ortí en 1994¹. A través de dicho estudio se pueden conocer las principales preocupaciones de la jerarquía eclesiástica durante la Dictadura de Primo de Rivera, entre las que podemos citar: la educación católica, la acción social-católica, la *buena prensa*, la Acción Católica, etc. El segundo autor lleva a cabo un interesante acercamiento a la figura de los sacerdotes, con la intención de entender su presencia social en el Madrid que transcurre entre 1931 y 1936, años especialmente conflictivos para la Iglesia Católica en España. Dicho estudio se fundamenta en el análisis de los aspectos demográficos y de la distribución espacial del presbiterio de Madrid.

Con el título «Religión y cultura» se da paso a la última parte del libro, en la que tres artículos intentan establecer las posibles vinculaciones entre ambos elementos. En primer lugar, el de Jaume Aurell, a través del cual realiza un repaso de la ideología política y las convicciones religiosas de los historiadores más representativos de la historiografía española y los de tradición catalana, desde la Restauración hasta el Franquismo. El autor concluye que, al menos hasta el estallido de la guerra civil, parece no haber en dichos historiadores una vinculación especial entre su ideología política –tradicionalista o liberal– y su convicción religiosa. En segundo lugar, el artículo de Pablo Pérez López

se adentra en el conocimiento de las actitudes del público católico ante el cine durante los años anteriores a la Guerra Civil. El autor fundamenta su estudio en la consulta de las críticas cinematográficas que fueron publicadas en España durante aquel periodo en revistas como *La Estrella del Mar* –órgano de las Congregaciones Marianas– o el boletín *Filmor* –publicación de la Confederación Católica de Padres de Familia–. Por último, el artículo de Francisco Javier Capistegui propone un análisis de tres fenómenos constitutivos de la creciente cultura de masas y sus manifestaciones más populares –el baile, el cine y el deporte–, examinando la recepción y actitud que frente a ellos se mostró desde el ámbito religioso y tradicionalista.

El objetivo de todas estas colaboraciones insertadas en el presente volumen es, como apuntan Jaume Aurell y Pablo Pérez López en la introducción al mismo, que puedan servir para avivar entre los investigadores españoles el deseo de cultivar la historia de la religiosidad, abarcando tanto los temas que se han sugerido en el volumen, como otros que hemos echado en falta. Entre éstos últimos podemos mencionar los relacionados con la organización de la nueva Acción Católica Española, cuyo nacimiento y desarrollo se produce en las décadas de 1920 y 1930; con la biografía de figuras de especial significación para el catolicismo político y social de aquel contexto, tanto del elemento jerárquico –arzobispos, obispos, etc.– como del elemento seglar; o con los estudios vinculados con la historia de género.

1. CÁRCELES ORTÍ, Vicente (ed.), *Actas de las Conferencias de Metropolitanos Españoles (1921-1965)*, Madrid, BAC, 1994.

NÚÑEZ SEIXAS, Xosé M., *¡Fuera el invasor! Nacionalismos y movilización bélica durante la guerra civil española (1936-1939)*, Madrid, Marcial Pons, 2006, 477 págs.

Pocos reservorios de materiales para la acción colectiva han sido tan frecuentados en la España contemporánea como los que ha montado el nacionalismo o, para ser algo más exactos, los nacionalismos. El número y la variedad de los consumidores, y por tanto de los productores, de dichos materiales es, a lo largo del tiempo, entre las más diversas clases sociales y por todo el país, prodigiosa.

Ciertamente, no hay en la afirmación anterior un intento de resucitar, mediante el argumento de la fuerza de los plurales patriotismos, el viejo axioma –viejo, sí, pero ¿agotado?– de la singularidad o excepcionalidad de lo español. Ni siquiera se pretende posicionarse en relación al ya veterano debate acerca de la débil, o no tan débil, de la exitosa, o no tan exitosa, nacionalización de los españoles en tiempos de liberalismo y democracia. El análisis comparado, así como las aportaciones de otras historiografías y de científicos sociales de toda laya, han facilitado pruebas abundantes de la universalidad, como mínimo en las sociedades occidentales que recorren el camino de la modernidad, del enorme potencial del nacionalismo; así como de la pluralidad de experiencias de modernización política y de nacionalización. De hecho, las identidades locales, regionales y nacionales han sido, y continúan siendo en nuestro mundo globalizado, un factor clave como agente cohesivo en la construcción de respuestas a desafíos y temo-

res, así como en el mantenimiento de esperanzas y expectativas más o menos certeras, más o menos alocadas.

Es a partir de esa premisa que debe afrontarse, creo, la lectura del reciente trabajo de Xosé Manoel Núñez Seixas. Autor que ya ha explorado con talento y rigor el fenómeno nacionalista en distintas aportaciones, aquí y en Europa, en relación a los denominados nacionalismos de Estado y a los que emergen de las colectividades que presentan diversos grados de déficit de identificación con la nación común o de lealtad al Estado al que se hallan adscritas. Núñez Seixas se ocupa en esta ocasión de una coyuntura y un momento excepcionales para la activación de los resortes de reclutamiento, y alternativamente de inhibición, de voluntades: la Guerra Civil de 1936 a 1939. Insatisfecho con las respuestas fáciles a los asuntos apuntados en el párrafo anterior, el autor empieza con unas breves pero muy pertinentes acotaciones teóricas acerca del nacionalismo de guerra. En este contexto, se ve obligado a procurar una explicación eficaz para la especial intensidad y difusión con la que se recurre a la identidad nacional –incluso más, aunque parezca paradójico– en experiencias de conflicto interno y fratricida. Todo ello aboca, al autor, a constatar la transformación que ocurre en el interior de los nacionalismos. Para expresarlo con nervio: incluso en los patriotismos de filiación cívica y republicana –en el sentido más clásico del término– se registra en dichas coyunturas bélicas un desplazamiento a favor de los lazos cohesivos más potentes, muchísimo más consistentes, que en última instancia aportan la etnia y la lengua, el paisaje y los símbolos ancestrales, la

estirpe y el sustrato geológico y millenario de la historia. O, por mejor decir, el desplazamiento hacia lo racial de las plurales e interesadas lecturas políticas de lo nacional.

Más allá de la exhaustividad en el uso de las fuentes, el manejo brillante de la bibliografía y el recurso a un repertorio conceptual en diálogo permanente con las aportaciones teóricas de distintas ciencias sociales –por otro lado, rasgos habituales en la producción del autor–, una de las grandes virtudes de *¡Fuera el invasor!* radica en su perspectiva analítica. Tengo la impresión que, a partir de esta obra, será impensable, o en todo caso difícilmente justificable, el acercarse de manera aislada a cualquiera de las culturas políticas en liza durante el conflicto. Y, de manera paralela, resultará difícil de justificar cualquier mirada a los nacionalismos peninsulares que no tenga en cuenta, en una especie de diálogo permanente, a los que operan por las mismas fechas en otras partes del país, o en el conjunto del mismo. O, cuando menos y poniéndonos en lo peor, quedará en evidencia la parcialidad de la aproximación y las limitaciones de los resultados a alcanzar.

El contexto de guerra resulta utilísimo como laboratorio para el análisis de los más diversos, y contrapuestos, patriotismos en la medida que, como en un juego de espejos, la realidad imaginada deviene realidad plena. De hecho, deja de existir la posibilidad de otra. Es el pueblo movilizadísimo, en armas, el que se convierte en España misma, el que puede evocar el patrimonio de combates milenarios por la independencia del solar patrio. Los matices desaparecen, el miliciano, popular o falangista, republicano o

nacional, combate al moro o al fascista, al antagonista interno (la antipatria recalcitrante) y al recurrente enemigo exterior (del que el primero opera como quintacolumnista: siempre dispuesto a vender jirones del territorio, o del poderío, nacional). Es en el sacrificio, en este doble frente de batalla, que se forja el patriotismo; o que, en caso de ya existir, adquiere una consistencia nueva, diamantina.

Siempre hay excepciones. La más sugerente, en el ámbito republicano, no provendrá del campo libertario. Al fin y al cabo, qué hay de más español que aquel anarquismo que se reclama de las comunidades castellanas y del municipio libre, del espíritu rebelde e insumiso de los pueblos peninsulares desde los tiempos más remotos. La singular es la lectura irrenunciablemente clasista que procede a hacer el POUM de la naturaleza de la lucha entablada en verano de 1936. Siempre hay quien, incluso en las coyunturas menos favorables para ello, se sustrae a la fuerza avasalladora del nacionalismo. ¿Siempre? Bueno, en cualquier caso sí lo hubo en la España de esos años en nombre de un internacionalismo proletario de factura estrictamente leninista. Pero fueron eso, una excepción pronto liquidada. En los tiempos de los frentes populares, de la reconducción de la experiencia soviética en clave estalinista, de la radicalización de las izquierdas mesocráticas y burguesas, lo lógico era redescubrir el marco de conflicto que nunca había dejado de ser operativo, el nacional, y, por ello, encontrar en la guerra de la independencia, la de 1808, un eslabón previo, un antecedente inmediato: la respuesta a una agresión exterior que se sostiene, como siempre, sobre las

flaquezas y las traiciones internas. Los defensores del Madrid republicano son los nuevos Daoiz y Velarde, y los milicianos anónimos la reedición de majas y chisperos ignorados por el ocupante francés. Lo son tanto para comunistas ortodoxos como para republicanos que más tarde, en el exilio mexicano y pasada la fiebre frente populista, redescubrirán su raíces liberales y en ellas, otra vez, el combate por la independencia nacional.

La idea de España en el bando republicano es plural y compleja. Lo es en las herencias y lo es en sus proyectos de presente. La solidaridad hispánica se sustenta en un reencuentro generoso en el combate. En rigor, la experiencia es contradictoria y, como pondrá de relieve el nuevo patriotismo negrinista, la desconfianza se instala entre los republicanos españoles para con los nacionalistas vascos y para con los nacionalistas republicanos de Cataluña: éstos no dejan de exhibir su patriotismo republicano, pero ¿es también un patriotismo español, el suyo? En no pocas ocasiones, la respuesta es clara: no.

El desencuentro se reproducirá, en los años venideros, en el exterior. Pero ya antes, ha sido necesario, en un desesperado intento por reconducir la suerte de la guerra, pasar de la política de independencia a la de independencia y de unidad. Esta última pasa a ser una bandera tan preciosa como la primera. Hablando de banderas, y de símbolos, la guerra consigue lo que las instituciones y las administraciones no habían conseguido de manera plena: nacionalizar las enseñas, los rituales, los símbolos, los cantos... republicanos. Paradójicamente, la guerra ha hecho de lo republicano, por fin, lo

nacional; ha hecho realidad la soñada, y nunca alcanzada hasta entonces, España Republicana. Se logra, eso sí, a las puertas de la derrota.

Luchando por España, en la patria o en el exilio, se combate en 1936, como una par de décadas más tarde, por la civilización. También se combate por la civilización desde el Norte de África o desde Burgos y Salamanca. En este caso para impedir la invasión comunista. El racismo antisemita, denigrador del moro y del italiano fascista, deviene en esta otra parte de España en coloraciones ambarinas, asiáticas, rusas, mongólicas. ¿Cómo hacer uso de la prevención frente a la morisma cuando se está recurriendo a ella como fuerza de choque? Espléndidas las aclaraciones que en esta dirección introduce Núñez Seixas. Para dejarlo claro se procede a deshumanizar a los otros; a los compatriotas que han elegido el bando contrario y, sobretudo, al aliado o inspirador extranjero del mismo. Se recuperan, para ello, los recursos caricaturescos, de gran tradición popular, que representan al agresor con trazos simiescos y atributos de animalidad. Se dan, es cierto, algunas diferencias. Por ejemplo, frente a la preferencia por los combates en el interior, las resistencias a la agresión foránea, en el bando nacional (sin renunciar a ellos) se invoca el espíritu imperial, la proyección de España en el mundo. Es en ese nacionalismo de raíz imperial que resulta posible reasumir, sin excesivas complicaciones, la centralidad de lo católico –España es de Cristo– y el falangismo de cepas laicas. También resulta, como es notorio, muy diverso el enfoque en relación a cómo integrar la pluralidad en la unidad. Aunque no

es menos cierto que como vector de movilización lo regional tiene su papel, y muy destacado, en la agitación franquista; hasta el punto que Núñez Seixas apunta a una suerte de competencia regional para entrar con buen pie en la nueva España. El recurso a la complejidad de tradiciones y de culturas implicaría una nada desdeñable regionalización del nacionalismo, un anticipo de ese pseudofederalismo, espurio si quieren, de las tierras y los hombres de España.

Por lo demás, acabemos recordando que el historicismo es recurrente, omnipresente. En un bando y otro, en una identidad (la española) o en otra (la catalana, la vasca, la gallega), se da el recurso al pasado miliciano, de pelea: nos encontramos ante construcciones culturales de larga duración que permiten unir, hasta convertir en una misma cosa, el pasado y el porvenir; y hacerlo, además, a través de los combates del presente. Del seno de esos bastimentos será posible la forja de nuevas síntesis, algunas efímeras, otras destinadas a perdurar. Todas ellas afectadas de manera innegable por la guerra y sus consecuencias: todo nacionalismo, todo, necesita fallecidos, porque no puede vivir sin raíces.

En suma, una obra espléndida, en la que la prolijidad de los ejemplos, único óbice que al firmante se le ha ocurrido en algún momento de la lectura, acaba siendo –paradojas de los estudios sobre el nacionalismo– más virtud que defecto. Hay que andarse con sumo cuidado al sostener afirmaciones sobre temas, y pieles, tan sensibles.

Ángel Duarte
Universitat de Girona

ARCO BLANCO, Miguel Ángel del, *'Hambre de siglos'. Mundo rural y apoyos sociales del franquismo en Andalucía Oriental (1936-1951)*, Granada, Comares, 2007, 513 págs.

No hace demasiado, ofrecíamos una serie de datos sobre la producción de la historiografía del franquismo en las últimas tres décadas. Señalábamos los años noventa como la década en que se produce un salto cualitativo y cuantitativo de esa historiografía, transitando de una historia política, bastante ideologizada, a una historiografía más *preocupada por la relación entre la población y la dictadura*. El libro que hoy nos ocupa, *Hambre de siglos*, es un ejemplo claro de este cambio. Preocupado por la institucionalización y consolidación del franquismo en la postguerra (1936-1951), el análisis se enmarca, fundamentalmente, en cinco localidades de cuatro provincias de Andalucía Oriental: Berja (Almería), Montefrío y Santa Fe (Granada), Alcalá la Real (Jaén) y Marbella (Málaga). A partir del estudio de los poderes locales Miguel Ángel del Arco pretende averiguar qué grupos sociales conformaron la coalición reaccionaria que se sublevó en julio de 1936 y, sobre todo, qué les hizo seguir apoyando a un sistema que, durante una década, sumió a la población en el hambre y el terror. Las principales cuestiones que articularán el trabajo serán: a) ¿cuáles fueron los apoyos sociales del franquismo? b) ¿qué mecanismos se pusieron en marcha para la construcción del consenso?

La respuesta del autor a estos dos interrogantes está entremezclada. A juicio de Miguel Ángel del Arco, el franquismo puso en marcha un *con-*

senso selectivo que discriminaría entre vencedores y vencidos. A los primeros ofreció beneficios y prebendas, a los segundos represión (socioeconómica y sociopolítica) y desesperación. Como se señala en el libro, y está remarcando insistentemente la reciente historiografía del franquismo, la Guerra Civil es la *génesis y razón de ser* de la dictadura. Los grandes perdedores del conflicto serán las clases subalternas, los olvidados del franquismo, mientras que los vencedores, igual que en el caso italiano o alemán, se extraerán de una amplia alianza de diferentes grupos sociales en el que el *campesinado familiar* jugó un papel fundamental. Las alianzas sociales defendidas por Gregory M. Luebbert (*Liberalismo, fascismo o socialdemocracia*. Zaragoza, PUZ, 1997) encuentran su refrendo en los sectores sociales que fueron aupados al poder local en las localidades estudiadas: «*El régimen franquista desplegó una innata capacidad para aglutinar a heterogéneos grupos sociales en torno a su proyecto político. Fue muy flexible, excepto las clases humildes y miserables, todos se vieron representados*» (p. 98).

Del estudio del personal político del franquismo Miguel Ángel del Arco concluye que se produce la llegada de unos nuevos cuadros políticos intermedios nacidos de la experiencia de la Guerra Civil. Serán hombres jóvenes, en su mayoría sin pasado político, o vinculados a FET-JONS, que pertenecerán a las clases medias rurales vinculadas a la propiedad, a la agricultura, al comercio o al funcionariado. En cualquier caso, el franquismo mostró una gran flexibilidad a la hora de cooptar su personal político. Del estudio de la composición y dinámica política de las cinco localidades ele-

gidas el autor dibuja tres modelos de actuación del franquismo en el ámbito local. El primer modelo, representado por Alcalá la Real, muestra un perfil orientado hacia las clases más acomodadas; el segundo, con los casos de Berja, Marbella y Santa Fe, muestra un perfecto equilibrio entre diferentes grupos sociopolíticos mientras que en el tercer modelo, el de Montefrío, se observa una preponderancia de clases medias bajas con un importante peso del falangismo local. Estas diferentes estrategias y modelos confirman la flexibilidad del poder local franquista defendida por Antonio F. Canales Serrano (*Las otras derechas*. Madrid, Marcial Pons, 2006) y «Las lógicas de la victoria. Modelos de funcionamiento político local bajo el primer franquismo» en *Historia Social* n° 56, (2006). Más críticos somos con la insistencia del autor en remarcar la *ruptura* de los cuadros políticos intermedios del franquismo con respecto a los de épocas precedentes (Véase también «*Hombres nuevos*. El personal político del primer franquismo en el mundo rural del sureste español (1936-1951)» en *Ayer*, n° 65, 2007). En este sentido, trabajos de otros autores, como Damián A. González Madrid, matizan las tesis rupturistas señalando la existencia de una convivencia de las élites tradicionales con el nuevo personal político (*Los hombres de la dictadura*. Ciudad Real, Almud, 2007).

Sin embargo, una de las virtudes de *Hambre de siglos* es que no restringe el análisis del poder local a los ayuntamientos, diputaciones o gobiernos civiles. Tal y como ha reclamado María Encarna Nicolás Marín («Los poderes locales y la consolidación de la dictadura franquista» en *Ayer*, n° 33,

1999) en este trabajo se entiende el poder en sentido amplio analizándose también la actuación de los delegados de abastecimientos, las hermandades sindicales de labradores y ganaderos, las juntas agrícolas locales o los hacendados. Especial atención se presta a los organismos encargados de llevar adelante la autarquía en el ámbito rural. Fuertemente endeudado con las perspectivas de Michael Richards (*Un tiempo de silencio*. Barcelona, Crítica, 1999), Miguel Ángel del Arco concibe la autarquía como una potente arma de represión en manos del franquismo: «la política autárquica no vendría determinada por la irracionalidad o tozudez de los técnicos o políticos del Estado sino por una decisión deliberada de reprimir a los vencidos» (p. 126). Muy distinta sería la posición de las clases hegemónicas que utilizarían el intervencionismo autárquico para acumular capital en el mercado negro. En esta tesitura la actuación de los organismos locales y provinciales fue ambivalente: por un lado protegieron los derechos de sus comunidades, llegando a transgredir la legalidad para conseguir más cupos u ocultar cosechas, pero por otro permitieron que sus apoyos sociales se beneficiaran de estas acciones mientras que los vencidos eran condenados al ostracismo económico. Los vencidos optaron por desplegar formas de resistencia cotidianas, las *armas de los débiles* de James C. Scott, con las que subsistir al franquismo (*Weapons of the weak: everyday forms of peasant resistance*. New Haven, Yale UP, 1985). Robos, hurtos, estraperlo... todos estos mecanismos fueron llevados a la práctica por las capas subalternas mostrando así una tipología de resistencia a la autarquía muy distinta de

la de los vencedores. Si seguimos a Richards estas formas de resistencia mostrarían un conflicto abierto con la dictadura ya que la autarquía era una forma de represión a los vencidos. Mucho más laxa, y a nuestro juicio atinada, es la perspectiva de Ana Cabana Iglesia (*Entre a resistencia e a adaptación*. Santiago, USC, 2007 [Tesis Doctoral, CD-Rom]) quien estima que la resistencia cotidiana ni es oposición ni es antifranquismo, mas ese carácter *infrapolítico* no destierra estas formas al ámbito de lo *prepolítico*.

A pesar de lo dicho, es en las páginas dedicadas a las condiciones de vida de las clases subalternas y a las formas de resistencia cotidiana (caps. 5, 8 y 9) donde *Hambre de siglos* destaca. Miguel Ángel del Arco nos muestra una sociedad extremadamente inquieta y efervescente que luchaba por su subsistencia con todas sus fuerzas. Si en el ámbito político el primer franquismo destaca por la quietud y la complacencia, en el ámbito económico «el desorden generalizado y la transgresión de la legalidad era algo cotidiano» (p. 265). Este aspecto resulta importante ya que no sólo ha sido destacado en *Hambre de siglos* sino que otros autores (como Ana Cabana, Juan F. Gómez Westermeyer o nosotros mismos), muy influenciados por los trabajos pioneros de Conxita Mir Curcó (*Vivir es sobrevivir*. Lleida, Milenio, 2000), comienzan a ofrecernos una imagen inédita de la sociedad del primer franquismo (*Historia de la delincuencia en la sociedad española: Murcia 1939-1949*. Murcia, UM, 2006 [Tesis Doctoral] y *Poder y actitudes sociales durante la postguerra en Almería (1939-1953)*. Almería, UAL, 2007 [Tesis Doctoral, CD-Rom]).

No podía ser de otra forma. Como muestra Miguel Ángel del Arco las capas populares jienenses o almerienses se veían obligadas a sobrevivir con déficits calóricos que sobrepasaban el millar de calorías para los primeros y los 1.700 diarios en el caso de los segundos. El aporte proteínico de su dieta diaria no era mejor. Mientras que los jienenses tenían un déficit de 40-50 grms los almerienses luchaban con unas deudas diarias de 41 a 48 grms. ¿Como pudo la población subsistir con estos abastecimientos oficiales? La respuesta es clara y contundente: «*adquiriendo los productos en el mercado negro, recurriendo a robos o hurtos, u ocultando la producción para consumirla o comercializarla de estraperlo*» (p. 307). Sin embargo, el análisis del autor no se queda en la constatación de la extrema miseria vivida sino que va más allá concediendo al hambre un valor socio-político: «*el hambre sería aprovechado como un instrumento de consenso, utilizando las necesidades de los más pobres para crear adhesiones y compromisos; pero además, la crítica situación provocaría que las preocupaciones residiesen en sobrevivir, no habiendo lugar para la resistencia frente al régimen franquista y su terrorífica política autárquica*» (p. 292).

Esta última perspectiva, causada por la estructuración bipolar del trabajo, no es, desde nuestra perspectiva, muy sutil. Siendo cierto que tanto FET-JONS como el Estado se dedicaron a administrar la miseria y desplegar estrategias clientelares para ganar adhesiones, no lo es tanto que el franquismo concibiera el hambre como un *arma* a su disposición. Al menos eso se puede extraer de la preocupación con que observaban la miseria

tanto los gobernadores civiles como los alcaldes. El propio Miguel Ángel del Arco muestra suficientes ejemplos de esta preocupación que, analizada desde una perspectiva como la de Carme Molinero y Pere Ysàs, más que hablamos de un *arma de represión* nos remite a un quebradero de cabeza constante y una preocupación socio-política de primer orden («El malestar popular por las condiciones de vida. ¿Un problema político para el régimen franquista?» en *Ayer* n° 52, 2003).

Hambre de siglos es una importantísima aportación a la historiografía sobre el franquismo que, a pesar de su localización espacial, debe ser tenida en cuenta a nivel estatal. Miguel Ángel del Arco se introduce en los principales debates historiográficos y nos ofrece una madura, e inédita, visión del franquismo. Probablemente se le pueda achacar un excesivo apego a las perspectivas de Michael Richards quien, por cierto, prologa el libro o un análisis excesivamente estructural y bipolar del franquismo mas estas carencias no diluyen el valor de la obra. Fruto de una tesis doctoral presentada en la Universidad de Granada, *Hambre de siglos* se suma a las contribuciones realizadas por Francisco Cobo, Antonio Cazorla o Teresa Ortega a la historiografía del franquismo mostrando las deudas contraídas con lo que ya se puede considerar un *modo*, o *manera*, dentro de nuestra historiografía (*Franquismo y posguerra en Andalucía Oriental*. Granada, UGR, 2005; *Desarrollo sin reformistas*. Almería, IEA, 1999 y *Del silencio a la protesta*. Granada, UGR, 2003).

Óscar J. Rodríguez Barreira
Universidad de Almería

CALLADOS, PERO NO CONQUISTADOS

MOLINERO, Carme, *La captación de las masas. Política social y propaganda en el régimen franquista*, Madrid, Cátedra, 2005, 223 págs.; CENARRRO, Ángela, *La sonrisa de Falange. Auxilio Social en la guerra civil y en la posguerra*, Barcelona, Crítica, 2006, 249 págs.

La historiografía sobre el franquismo ha dedicado un amplio espacio al multifacético sistema de represión, pero no tanto a la otra variable de la ecuación que garantizó la perdurabilidad del régimen: las bases sociales e ideológicas sobre las que se sustentó su pretendida política de consenso. Una piedra angular de esa aquiescencia habría sido la asistencia social, virtualmente monopolizada por Falange desde el primer momento, y que ha sido muy mal conocida hasta ahora, a pesar de haberse convertido en la cara más amable de la dictadura.

Las dos monografías que aquí presentamos tratan de colmar ese vacío de muy diversa manera. El libro de Carme Molinero encara el discurso falangista de justicia social, que encontró en José Antonio Girón su más cualificado y persistente portavoz, como un ingrediente más del proceso de nacionalización de las masas impulsado por un régimen con vocación totalitaria. La primera parte del ensayo, dedicado al análisis de ese discurso «justicialista» que tuvo su más acabada plasmación en el Fuero del Trabajo, concluye con la afirmación de su carácter más retórico que auténticamente práctico. Sin embargo, aunque la autora se detiene largas páginas en

los rituales de movilización anejos al proyecto social falangista (como los desfiles de la Fiesta de Exaltación del Trabajo del 18 de Julio, que sustituyó a la suprimida fiesta del Primero de Mayo), no analiza en profundidad sus deudas doctrinales con el catolicismo social, el corporativismo tradicionalista o el primer nacional-sindicalismo.

Después de analizar someramente la gestión de esa política social desde la perspectiva de las Obras Sindicales de Falange (de Educación y Descanso, del Hogar, del Servicio Social de la Mujer o de Previsión Social) y la labor del Ministerio de Trabajo, la autora plantea en la tercera parte la funcionalidad política del incipiente programa de seguridad social, de la política demográfica (eugenesia, fomento de la natalidad y apoyo a la familia) o de los subsidios a las capas más desfavorecidas de la población, que aparecen directamente relacionados con ese proceso de nacionalización que se dirigió con preferencia a una clase obrera marginada del proceso político, pero que fue la principal destinataria de la propaganda social del régimen. Se trataba de integrar a los obreros en la «revolución nacional-sindicalista» pero sin aceptar sus reivindicaciones. Ello marcó los límites del consenso social franquista, erosionado por la continua represión, las pésimas condiciones de vida durante más de una década, la escasez de medios disponibles y la mediocridad de los cuadros políticos dedicados a esta labor asistencial, que siempre se realizó en dura competencia con la Iglesia católica. En opinión de Carme Molinero, el balance que arrojó este proyecto de captación de masas fue mediocre, ya que la política social falangista impulsada por figuras como Salvador Merino o Sanz Orrio pudo

ser retóricamente anticapitalista, pero jamás cuestionó el caudillaje de Franco como principal fuente de legitimidad del régimen. Evidentemente, la dictadura franquista no fue el comienzo ni de un Estado social ni de un Estado del bienestar en España.

Desde una perspectiva más concreta, pero excelentemente documentada y argumentada, Ángela Cenarro analiza la obra asistencial de Auxilio Social, entidad creada a inicios de la guerra a imitación del *Winterhilfe* nazi por Mercedes Sanz Bachiller, viuda de Onésimo Redondo, y el jonsista Javier Martínez de Bedoya, cuyo objetivo implícito era participar en ese combate sutil librado entre las distintas jerarquías del Partido por el control de los espacios de poder del Nuevo Estado. De ahí su rivalidad con la Sección Femenina y su fugaz momento de auge, que arrancó de su conversión en Delegación Nacional en mayo de 1937 y culminó con su control de la acción asistencial en marzo de 1938, momento en que la creciente profesionalización de la acción social favoreció la «masculinización» de su gestión. Y eso a pesar que desde 1937 Auxilio Social se convirtió en responsable y gestor del Servicio Social, que marcó un punto de inflexión en el proceso de incorporación de la mujer a la Patria y al Estado en el más puro estilo fascista. Pero la autora se pregunta si estos modos de encuadramiento femenino fueron un modo de acceso, aunque controlado, a la participación política o una estrategia de control paternalista, que prolongaba en todos los aspectos las tradicionales actividades familiares de la mujer.

Auxilio Social no «vendió» un modelo de caridad propia del individualismo liberal, sino que exaltó la justicia

social como fundamento de la *Volks-gemeinschaft* o comunidad popular nacionalizada al estilo fascista, siempre convenientemente «depurada» de los elementos más recalcitrantes. A tal fin, se ensayó un control totalitario de las actuaciones sociales de retaguardia, que trató de compensar con un amplio despliegue propagandístico (la entrada de los camiones de Auxilio Social en las localidades ocupadas era cubierta sistemáticamente por fotografías y periodistas) la mala imagen que arrastraban otras instancias del partido.

El declive de Auxilio Social no fue menos repentino y rotundo que su auge, ya que, como indican ambas autoras, a la altura de 1939-40 la defenestración política de sus dos fundadores condujo a la sumisión de Auxilio Social a las directrices del Estado y a un significativo viraje, consumado a partir de 1945, desde la asistencia social hacia formas más tradicionales de beneficencia. Cambio de rumbo que coincidió con una relegación del discurso falangista de justicia social y su sustitución por la más «respetable» doctrina de la caridad católica complementada por la asistencia religiosa, que prevaleció hasta su desmantelamiento junto con las Delegaciones Nacionales de Falange en 1977.

A diferencia del libro de Molinero, la propuesta de Cenarro es plantear la política asistencial de Falange como un instrumento de control social con caracteres más coactivos que consensuales. Porque, como señala el último capítulo de su libro, que trata de analizar la reacción de los sectores sociales asistidos (mujeres, niños, ancianos, enfermos o refugiados), organizaciones como Auxilio social no sólo asistían, sino que humillaban, controlaban y presionaban

a los vencidos para que renegasen de su pasado. Un disciplinamiento obtenido a través de la politización en sentido falangista y la extensión de la cultura de la exclusión y de la dependencia respecto de los vencedores. Al primar el principio de autoridad sobre la atracción de los trabajadores a través de un discurso nacional y social igualitario, hubo más aceptación y consentimiento pasivo antes que un verdadero consenso. Los vencidos permanecieron callados, pero no conquistados.

Eduardo González Calleja
Universidad Carlos III

OLIVER OLMO, Pedro, *La utopía insumisa de Pepe Beunza. Una objeción subversiva durante el franquismo*, Barcelona, Virus Crónica, 2002, 174 págs.

La objeción de conciencia, la desobediencia civil e incluso el antimilitarismo en España durante la segunda mitad del siglo XX, son temas que la historiografía ha pasado francamente por alto en su análisis sobre el franquismo, tema estrella de investigación para los historiadores contemporáneos. Es por ello que el nombre de José Luis (Pepe) Beunza puede resultar desconocido para una buena parte de los lectores. Sin embargo, estamos ante el pionero de la objeción de conciencia y la insumisión en España, dando el paso de renunciar al servicio militar en 1971, en un momento de fuertes represiones por parte de una dictadura que había visto crecer la conflictividad y la disidencia de forma sostenida en la última década y que se enfrentaba a la incertidumbre que abría el creciente deterioro físico de Franco. Su decisión arrastraría consigo un movimiento popular cada vez

más extenso, que no sólo desembocará en sucesivas acciones de desobediencia civil, sino que contará con un importante fenómeno de solidaridad en otros países de Europa, dentro de las crecientes asociaciones pacifistas que proliferaron en aquellos años.

El libro que tenemos entre manos trata de analizar desde un punto de vista enmarcado entre lo biográfico y lo sentimental, no sólo las vivencias de Beunza en su lucha antimilitarista, sino también el contexto en el que se desarrolla el movimiento pacifista y objetor en España, su evolución y su convivencia con la resistencia política antifranquista. Todo ello de la mano de Pedro Oliver, profesor de historia contemporánea en la Universidad de Castilla la Mancha y miembro activo del Movimiento de Objeción de Conciencia desde su negativa a realizar el servicio militar en 1983. Esta cuestión dota al texto de un halo de admiración y reconocimiento hacia una figura clave en la historia de la insumisión en España, alejándolo quizás de una perspectiva de mayor objetividad, pero añadiéndole por contra la coherencia de quien narra experiencias ya vividas, como el tortuoso periplo que ambos sufrieron por diversos centros penitenciarios del país. De esta forma, si lo que el lector busca son datos o documentos concretos sobre la historia de la objeción de conciencia y la desobediencia civil en España, aunque aquí puede encontrar algún ejemplo, debería acudir a otras obras del M.O.C. como *En legítima desobediencia*². Sin embargo, lo que

2. Ver AA.VV., *En legítima desobediencia. Tres décadas de objeción, insumisión y antimilitarismo*, Madrid, Movimiento de Objeción de Conciencia, 2002.

La utopía insumisa que Pepe Beunza presenta es una detallada descripción del marco en el que se gesta el nacimiento de la objeción de conciencia y la insumisión en España, así como de la experiencia vital de Beunza, desde las cárceles a los consejos de guerra, en lucha por unas ideas pacifistas y antimilitaristas e inmerso en un contexto tan complicado como el del segundo franquismo.

La obra, a medio camino entre la biografía y un libro de memorias, presenta pues la trayectoria de Pepe Beunza, desde su extracción social como nieto de un célebre carlista navarro, hasta sus vivencias en la cárceles de Valencia, Jaén o el Sahara, pasando por su infancia valenciana y una juventud donde entra en contacto con movimientos pacifistas europeos y se va formando la conciencia de quien sería un referente en la desobediencia civil española. Pero el trabajo de Oliver no queda sólo ahí, sino que viene complementado con un más que interesante recorrido por los referentes históricos del antimilitarismo en España, como la efímera abolición de las quintas en 1973 en el marco de la I República, las fuertes protestas de 1909 en el contexto de la Semana Trágica por el traslado de militares de reserva a Marruecos, o la abolición de la entonces denominada «contribución de sangre» que pidieron las Cortes Catalanas tras el Estatuto de Nuria en 1931. Además, también se incluye una reflexión crítica acerca de lo que la Transición democrática supuso para el movimiento de objeción de conciencia en España, no siendo capaz de solucionar el problema de los insumisos, cuyo último episodio sería

el fin del servicio militar obligatorio en el año 2002.

Pero, desde el punto de vista del historiador, quizás lo más interesante puede ser la descripción de ese ambiente de diferencias pero de solidaridad que se crea entre objetores como Jordi Agulló o el propio Beunza, con presos políticos del franquismo, normalmente ligados a grupos comunistas. La profundización sobre los motivos de lucha contra la represión franquista y la diferencia ideológica de ambos caminos, resulta realmente interesante para un momento en el que la resistencia española estaba mucho más ligada a los ideales guerrilleros de símbolos como el Che Guevara, que a los movimientos de no-violencia de los Ghandi o Luther King. Una dicotomía a la que se hace alusión en repetidas ocasiones durante el texto, pero que no sería obstáculo para un entendimiento, sobre todo en el seno de los centros penitenciarios franquistas, entre unos y otros, creando lazos comunes ante un mismo enemigo.

En conclusión, estamos ante un ilustrativo libro de Pedro Oliver que, en una lectura ligera pero plagada de interesantes claves para comprender la situación política y social del segundo franquismo, nos acerca a la emblemática figura de un hombre que enarbó la bandera del antimilitarismo en el seno de la dictadura franquista, convirtiéndose en obligada referencia para aquellos que, con un ideal similar, optaron en un momento dado por la objeción o la insumisión como salida a la obligatoriedad de formar parte de un ejército nacional.

Carlos Aragüez Rubio
Universidad de Alicante